

Iberismo(s)

editado por Enric Bou y Silvia Lunardi

¿Iberia imposible?

Apuntes sobre los estudios ibéricos en el espacio académico norteamericano

Alejandro Alonso

Brooklyn College – CUNY, USA

Abstract This essay explores the emergence of Iberian Studies in the United States in the context of the transformation of the profession at the end of the twentieth century and at the start of the twenty-first. By reconstructing the trajectory of some distinguished scholars in the field and the sense of their methodological approaches, I try to contextualize the transformation of the academic field and the reasons behind the ephemeral consolidation of the Iberian Studies. Finally, the article proposes some ideas to rethink the future of Iberianism in the American Academia.

Keywords Hispanism. Iberian Studies. History of the Discipline. Cultural Studies. Literary Theory.

Índex 1 Desolación y miseria. – 2 Iberias posibles. – 3 Nuevas subjetividades.

A la memoria de Isaías Lerner, filólogo e hispanista

En primer lugar, me resulta un poco embarazoso presentar estas notas de lectura en una publicación que es una de las referencias centrales de los estudios ibéricos y que ha conseguido poner entre interrogantes los mapas con los que hemos trabajado hasta ahora. La emergencia de los estudios ibéricos y el simposio que dio origen a esta publicación nos obligan a pensarnos, como sujetos (nacionales) culturalmente complejos, situados permanentemente en inter-espacios e



Biblioteca di Rassegna iberistica 30

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-704-3 | ISBN [print] 978-88-6969-705-0

Peer review | Open access

Submitted 2022-10-11 | Accepted 2023-02-08 | Published 2023-05-09

© 2023 Alonso | 4.0

DOI 10.30687/978-88-6969-704-3/001

17

intentando dar sentido a lo que sucede tal vez con descripciones demasiado viejas. Abre así una oportunidad para recuperar lo marginal, lo preterido, o lo deliberadamente ocultado Resina (2008, 159): «tradiciones que han sido excluidas, relaciones que han sido distorsionadas, y espacios académicos que existen, en el mejor de los casos, en las grietas del enlucido curricular y entre tabiques departamentales».

Los textos a los que me refiero, además, son el marco de mi propia trayectoria en EE. UU. Desde mi llegada en 1998, simultánea a una de las periódicas crisis del hispanismo, hasta la práctica desaparición de los estudios de literatura peninsular en varios departamentos que, como mi *alma mater*, el Graduate Center de la City University of New York, antaño fueron de referencia.¹ En este contexto, como ya señalaron en su día Faber (2008, 9 y ss.), Resina (2008, 158) o Pérez Isasi (2021, 20-1) podemos entender los estudios ibéricos y su fallida institucionalización casi como un intento desesperado por mantener un espacio académico menguante en un contexto marcado por la pujanza de los estudios latinoamericanos y la propia crisis de la historia literaria como disciplina.

La aparición del concepto de estudios ibéricos en la Universidad norteamericana a principios del siglo XXI tiene un contexto muy preciso. Por un lado, remite al cuestionamiento de los modelos de conocimiento tradicionales que se estaban produciendo en el seno del hispanismo a lo largo de la década de los 90 y por otro remite a cierta transformación del discurso público en España a partir de 2004 que abría la posibilidad, finalmente frustrada, de renovar la forma del estado y de descentrar los discursos historiográficos -y políticos. Es la época de la recuperación del discurso republicano, y de la posibilidad de la España plural, que resuena en el título y las propuestas de Mario Santana (2008) e incluso, al menos en aquella fecha, en las de Joan Ramón Resina (2008, 163).

1 El departamento de estudios hispánicos del Graduate Center de CUNY fue fundado por el exiliado gallego Emilio González López, diputado de Izquierda Republicana durante la II República y mediador entre el núcleo jacobino de la izquierda madrileña y el nacionalismo gallego, señaladamente Alfonso Daniel Castelar, tanto durante la guerra como en el exilio. El nombre de departamento era originalmente 'Hispanic and Luso-Brazilian Literatures'. A principios del siglo XXI, la renovación y puesta al día supuso tanto la introducción del término 'ibérico', como la práctica desaparición de cualquier curso que se ocupase de Brasil o Portugal. Paradójicamente la división 'Ibérica' sólo ofrece los cursos de cultura vasca y catalana subvencionados por los respectivos gobiernos autónomos, que son curricularmente irrelevantes. A esta posible banalización del término 'Ibéricos' se había referido ya Resina (2013, 2).

1 Desolación y miseria

Para una generación de críticos literarios que trabajan en Estados Unidos hacia 1990, los estudios del hispanismo se encontraba en una vía muerta. Tanto la academia española como la americana permanecían ancladas en métodos positivistas que habían perdido cualquier capacidad de ser relevantes en el campo de las humanidades: eran formas reificadas de conocimiento que no podían tener el «prestigio» Faber (2008) que proporciona el reconocimiento de otras disciplinas, en la medida en que su lenguaje crítico era ajeno a los debates intelectuales y a los constantes giros de lenguaje que ordenaban y estructuran el campo académico norteamericano. Al mismo tiempo, el historicismo positivista, que definía el oficio de filólogo, ayudaba a perpetuar una representación monolingüe y en cierto sentido hegemónica a través de la cual la cultura española se identificaba con la cultura en castellano.

Un monográfico muy significativo de la revista *Quimera* (cf. Loureiro 1995) ayuda a entender por qué para un grupo de académicos jóvenes, en gran parte formado en Estados Unidos, la disciplina se encontraba sin dirección clara y su lenguaje crítico estaba agotado y era objetivamente conservador cuando no reaccionario. La idea clave es que los tiempos exigían una renovación epistemológica, un giro teórico que permitiese homologar los estudios hispánicos a los estudios literarios anglo-americanos atravesados en aquellos años por la resaca de la teoría, que había dominado el final de los años 80 y la primera parte de los 90.

Es importante presentar aquí que el perfil de los dos académicos americanos que participan en el dossier, Ángel Loureiro y Luis Fernández Cifuentes, para subrayar que las críticas al hispanismo y las búsquedas de lenguajes críticos alternativos no eran enteramente coincidentes, a pesar de que ocupasen posiciones homólogas. Partían, sin embargo, de una decepción común y veían la hispanística en una encrucijada.² En una época de fiebre especulativa en la que los estudios literarios parecían convertirse en la vanguardia del experimentalismo e incluso del pensamiento en humanidades, el hispanismo mostraba una fuerte resistencia a la teoría que lo condenaba a estar al margen de los debates y lo volvía académicamente irrelevante.³

2 Dentro del campo de la teoría literaria en España Luis Beltrán fue durante mucho tiempo un 'outsider'. Su trabajo iba a contracorriente de las líneas de investigación más importantes en la disciplina, tanto por su lectura de Bajtin como por su distancia frente a modelos empíricos y sistémicos. En 2008 dirigió una tesina valiosa: *La crisis del hispanismo* de Vicente Rubio Pueyo (2009) (cf. Beltrán 2021).

3 La percepción que los hispanistas tenían de su trabajo es bastante más compleja de lo que se apunta en los balances de la época de «desolación y miseria» vid. C. Blanco Aguinaga, «¿Hispanista? Notas autobiográficas».

Es este desencanto el que ayuda a entender su propuesta: reivindicar un camino que deje atrás la historia literaria y piense la literatura teóricamente. Ambos han dejado atrás los modelos críticos presentes en sus tesis, y están a la búsqueda de un lenguaje que, idealmente, permita la convergencia de los estudios hispánicos con los estudios literarios anglosajones: será precisamente ese giro, la apuesta por análisis postrepresentacionales que permitieran lecturas críticas reconocibles por el departamento de inglés y por el campo académico norteamericano, la que subyace bajo sus propuestas, que necesariamente se alejan de los vilipendiados métodos filológicos, en realidad de la historia literaria tradicional.⁴

Dentro de la hispanística, a uno y otro lado del océano, los nuevos lenguajes introducidos por la teoría literaria dieron lugar a una reacción muy defensiva de los historiadores de la literatura que supuso no tanto a un retorno a la filología como un apogeo de la erudición: críticos literarios que habían incorporado ciertos conceptos de la narratología, el formalismo o la estética de la recepción en sus trabajos iniciales, acabaron abandonando esas líneas, 'improductivas', y volviendo a modelos de investigación puramente positivos, aparentemente abandonados en los años 70. El dato, se convierte en un fetiche académico que se sobrepone sobre casi cualquier elaboración crítica o teórica que no aporte 'nada nuevo'. Se buscan ediciones definitivas, libros definitivos y nuevos hallazgos, un lenguaje en el que el concepto de verdad parece haber dado un salto atrás en el tiempo. En España, además, la estructura del cuerpo de profesores funcionarios y los modos de acceso a la función pública acabaron por hacer impermeable el espacio académico, incluso a los debates que se producían en el seno de otras disciplinas, como la aparición de la historia postsocial o el regreso a la narratividad, en historia, o, en filosofía, la recepción de Nietzsche o la eclosión del feminismo teórico.

En este contexto, la propuesta de los dos críticos 'americanos' fue una defensa de la deconstrucción con dos referentes implícitos: por un lado, una impugnación de la autoridad de la teoría en España y, por otro lado, una defensa de una crítica, en cierto sentido estrictamente literaria, que limitase el efecto de los estudios culturales y del

⁴ La identificación de historia literaria y filología es parte de una estrategia retórica a través de la cual los críticos convierten esos discursos en un contra modelo de su propuesta. Gran parte de los profesores de literatura, especialmente los exiliados, no eran filólogos en sentido estricto y sus contribuciones son normalmente ensayos de historia cultural, intelectual o más convencionalmente literaria. Algunos son muy valiosos, como es el caso de Vicente Llorens, Carlos Blanco Aguinaga, Juan Marchal, Francisco Ayala, por citar solo unos pocos y están muy lejos de ese perfil intelectual como que se les atribuye. Es importante recordar proyectos como la *Historia social de la literatura española* de Iris M. Zavala, Julio Rodríguez Puértolas y Carlos Blanco Aguinaga (1977) o el proyecto de Zavala, *Breve historia feminista de la literatura española* (2000).

materialismo cultural en la universidad norteamericana, como explícitamente subraya Ángel Loureiro en su ensayo. Se buscaba una homologación crítica que permita que sus trabajos sean reconocidos por sus pares americanos, en una época de apogeo de la deconstrucción a través de los 'Yale Critics'. En última instancia, detrás de su argumentación, de su minusvaloración de los estudios culturales y de su voluntad de acercarse a los lenguajes consolidados está lo que Faber (2008) ha denominado la economía del prestigio. Su trayectoria posterior y su estatus en Princeton y Harvard, parece confirmar el valor estratégico de sus apuestas teóricas.⁵

La hipérbole del título de Loureiro, «desolación y miseria», sin embargo, no se explica solo como una búsqueda mecánica del estatus sino, y sobre todo, como una toma de posición doble: primero frente a una historia literaria ateórica que, desde su punto de vista, era predominante en la profesión, y segundo, frente a los emergentes estudios culturales, que habían empezado a popularizarse en los departamentos de literatura inglesa. De hecho, a la altura de 1996 la posibilidad de la expansión de los estudios culturales era lo que más inquietaba a Loureiro ya que los percibía como una amenaza existencial para los estudios literarios y la misma existencia de los departamentos de literatura. En un tono que sorprende en un crítico normalmente ecuánime, Loureiro subraya primero que los estudios culturales son un producto «del imperio británico descentralizado desde Birmingham», que surgieron de los cursos de educación para adultos y que por tanto no formaban parte del núcleo noble de la academia, y que las razones últimas de su éxito en Estados Unidos son las «buenas intenciones liberales, culpabilidad y puritanismo» (1996, 35).

Si recupero estos argumentos previos a la emergencia de la propuesta iberista, es porque el rechazo de los estudios culturales será un rasgo fuerte compartido tanto por estos dos críticos como por Joan Ramón Resina, el autor que intentó crear un marco epistemológico

5 A pesar de las posiciones homólogas, sus trayectorias son muy diferentes. Fernández Cifuentes, filólogo, llegó a un departamento de Princeton que era bastante débil en su área peninsular y escribió una tesis de historia literaria que, sin estar elaborada desde un lenguaje teórico, adoptaba una perspectiva sociológica muy valiosa sobre el fin de siglo, antes de la eclosión de los estudios sobre Modernismo. Loureiro había estudiado filosofía en Barcelona y, a pesar de que se doctoró con una tesis de corte narratológico, poseía un conocimiento de la hermenéutica y la fenomenología que le permitían tener una relación con los lenguajes teóricos mucho más sencilla que la de la mayoría de los colegas. Como Cifuentes, se doctoró en una Ivy League y tuvo como tutor a uno de los académicos de referencia, Gonzalo Sobejano. En el momento de la polémica Loureiro trabajaba en UMass Amherst y preparaba un volumen sobre la autobiografía en el que dejaba atrás sus trabajos anteriores e interpretaba los textos desde De Man, Derrida y, sobre todo, Levinas. Ese mismo año Loureiro ganaría la cátedra de la Universidad de Princeton. A pesar de esta llamada a sacar los estudios hispánicos del pozo en el que aparentemente estaban, y a pesar de los puestos tan prestigiosos que alcanzaron esta tentativa de renovación no fue capaz de institucionalizarse.

gico y un horizonte de sentido para los estudios ibéricos. De hecho, antes de la emergencia del Iberismo, Resina publica un trabajo muy provocador, «Hispanism and its discontents» (1996), luego incluido como capítulo primero de su libro, recorrido por una idea fuerza que se prolongará en los textos de los años 2000 (Resina 2008, «El hispanismo de la Guerra Fría y el New Deal de los estudios culturales»): la necesidad de recuperar un concepto de literatura y de crítica literaria fuertes, que se alejasen tanto de la historia literaria tradicional como de los estudios culturales. Muy significativamente, en los artículos de estos años de «desolación y miseria» apenas hay mención a un volumen publicado en 1995 y que tendría un gran impacto en el campo los *Spanish Cultural Studies: An Introduction. The Struggle for Modernity* (1995) editados por Helen Graham y Jo Labanyi. Y eso que el proyecto liderado por Labanyi, que le valdría la oportunidad de dar el salto a una universidad en crecimiento, NYU, estaba muy lejos de la versión banal de los estudios culturales que parecía atemorizar a los nuevos hispanistas y abría un espacio de diálogo con historiadores, como la presencia de José Álvarez Junco o Enric Ulce lay prueban, que se prefirió obviar. Este silencio, probablemente ligado a una tensión disciplinaria, por la que ni siquiera se reconoce el esfuerzo por incorporar panorámicas y estudios de caso sobre las culturas no castellanas, llama poderosamente la atención sobre todo si se relee ahora el texto final de Labanyi, en el que se buscaba un espacio común para la renovación de la disciplina. Para la investigadora inglesa, el problema de la identidad, antes de los ‘identity politics’, era que los estudios literarios contribuían a perpetuar una representación esencialista y hegemónica de la cultura española que leída desde los nuevos lenguajes postestructurales –y desde la España postmoderna de los 90– resultaba reaccionaria y debía de algún modo deconstruirse: «what has been done to death-through parodí ic repetition– is the concept of a unified national identity that politicians and writers –originally liberal, subsequently, reactionary– have attempted to impose since the Romantic period» (1995, 405).

Y así, aunque Loureiro acabaría participando en la revista dirigida por Labanyi, el *Journal of Spanish Cultural Studies*, con un artículo muy citado que suponía una intervención a contracorriente en los estudios de memoria, y aunque su posición posterior probablemente fue cambiando, esta división inicial que los estudios ibéricos de algún modo heredaron, condicionaría tanto ciertas posibilidades de renovación del campo como las primeras líneas de trabajo del iberismo norteamericano, unos diez años después.⁶

⁶ El artículo es «Pathetic Arguments» (Loureiro 2008), traducido el mismo año al castellano en una revista muy importante en el campo intelectual, pero no literaria: *Claves de razón práctica*.

De hecho, a diferencia de Santana (2008) y Faber (2008), el texto de Resina (2008) muestra no solo una desconfianza sino incluso una fuerte hostilidad hacia los estudios culturales, no muy alejada de los airados comentarios de Loureiro (1995): para el investigador catalán esta formación discursiva suponía una banalización de los estudios literarios en la medida en que su politización, para él más aparente que sustancial, implicaba una pérdida de las categorías de valor estéticas de la teoría literaria más clásica, las que garantizaban cierta forma de pensamiento complejo y suponían, además, un ataque, a la trabajada autonomización del campo y, por tanto, siguiendo su argumento, a la capacidad de la institución literaria, para mantener una posición crítica que no sea un puro seguidismo del campo político o de los debates más sociológicos más superficiales (2008, 144 y ss.).

Es preciso decir, por último, que en un trabajo (2013), que constituye un desarrollo de la agenda de su volumen, la posición de Resina parecía haber cambiado. La amplia reseña del trabajo de Faber (2008) o la participación de Mario Santana (2013) quien también había abogado por incorporar los estudios culturales al proyecto iberista (2008) parecen apuntar una posición menos rígida.⁷ En cualquier caso si, como el propio Resina subrayaba, la tarea de las disciplinas humanísticas es «fomentar y salvaguardar la memoria cultural» (2008, 101), la eclosión de los estudios de memoria necesariamente forzaba dejar atrás una delimitación estrictamente literaria del objeto de estudio, e invitaba a trabajos no sólo interdisciplinarios sino que además, que contribuyesen a articular nuevos sujetos políticos: el estudio de la cultura material, de las voces silenciadas y de las huellas de los discursos del pasado que de algún modo estaba ya en el proyecto de los estudios culturales.⁸

Por último, más allá de las diferencias apuntadas, de la confianza de Faber en unos estudios culturales desnacionalizados (2008, 28), que a Resina (2013, 10) le parecerá un paso en el vacío, ambos investigadores coinciden sin embargo al subrayar que la obsolescencia retórica del hispanismo y su falta de capacidad de diálogo con las otras

⁷ Faber (2008, 9) defiende que «the cultural studies approach, while renewing the field of Hispanism in important ways, also undermines the traditional foundations of American Hispanists' precarious claims to academic legitimacy and prestige».

⁸ Creo que no se trata sólo de analizar materiales de cultura popular o de politizar las interpretaciones, sino, y sobre todo, de abrir la posibilidad de un lenguaje que permita pensar políticamente el presente. Acusar a los estudios culturales de una banalización, banalizando su proyecto creo que no es intelectualmente justo. Lleva razón Resina, sin embargo, al señalar que los 'Estudios culturales' han dado lugar a una lectura formal de objetos y prácticas culturales no canónicas. Esta forma mecánica de trabajar, que no incorpora ningún tipo de reflexión materialista, ni apunta a los procesos de subjetivación, se vuelve un nuevo formalismo, en el que el concepto de 'discurso' se sobrepone al de 'texto' y se vuelven indiferenciables.

disciplinas humanísticas, causa en última instancia del estatus menor, de la falta de prestigio dentro de las universidades americanas.

El problema, sin embargo, debe ser pensado también relacionamente. Si la homologación está necesariamente conectada a convertir los paradigmas críticos del departamento de inglés -del Modernismo a lo Postcolonial en medidas de valor, esto acaba suponiendo la imposibilidad de que el campo organice sus categorías, clave para su constitución como tal sistema de relaciones autónomo. Este posible giro no se puede separar tampoco de las pretensiones hegemónicas de un departamento que ha aspirado a convertirse, desde los años setenta, en el auténtico metalenguaje de las humanidades y, a veces, de las ciencias sociales. El valor de una propuesta de libro, de un artículo o de un curso genérico en humanidades dependería directamente de que el discurso teórico pueda ser reconocido como valioso por el departamento de inglés, como sin duda lo serían, las publicaciones que incorporaron el «ethical turn», el «spatial turn» o, más recientemente, la «crítica decolonial» (Pinto 2002, 95 y ss.).

Las consecuencias de esta completa pérdida de la autonomía bloquearían cualquier posibilidad de producir un trabajo académico que, desde la coyuntura presente, marcada por la hegemonía de una historia literaria ateórica y conservadora, fuera capaces de interrumpir el proceso de reproducción ideológica. Si lo que buscan los estudios ibéricos es forjar un lenguaje crítico que abra la posibilidad de pensar la diferencia cultural, lo importante es elaborar un lenguaje teórico propio y no seguir ciegamente los 'giros' departamentos de inglés. La única posibilidad de crear un marco de sentido plural, no necesariamente nacional o estatal, que permitiría volver visibles formaciones identitarias que han sido obliteradas o dejadas al margen por los estudios hispánicos, e imbricarlas en procesos de constitución de sujetos políticos plurales e igualitarios.

2 Iberias posibles

En este contexto de crisis disciplinar, en la que la vieja historia literaria no acababa de morir, y la emergente -y luego declinante- teoría no acababa de ser el discurso hegemónico en los departamentos de español, varios proyectos académicos intentan proponer nuevos mapas culturales para la península. Muy significativamente varios de los artículos clave, de Mario Santana o de Sebastiaan Faber (2008), así como el libro de referencia, *Del hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultural*, de Resina, salen a la luz en 2008 y abren un segundo momento reflexivo en el que la reivindicación de dar un giro teórico deja paso a diferentes tentativas por definir un nuevo marco de investigación e idealmente un nuevo paradigma crítico: los estudios ibéricos.

Creo que es importante tener en cuenta cuál es la trayectoria de este crítico que en esos años ocupaba el centro del campo de los estudios peninsulares. A pesar de que su punto de partida es diferente, Joan Ramon Resina ocupó también una posición homóloga a lo de los críticos ya citados: doctorado en una universidad de élite, Berkeley, consigue un primer trabajo en un college muy selecto, Williams, de gran prestigio en el sistema americano y posteriormente un plaza de titular en otra universidad Ivy, Cornell, donde llegó a dirigir una revista en inglés que, pese a la descripción que da el propio Resina en su autobiografía (2014), tenía un gran prestigio en el campo teórico. Su carrera culmina posteriormente en otra de las universidades de referencia, Stanford, donde ocupa una cátedra de literatura y ha dirigido el Departamento de Culturas Ibéricas y Latinoamericanas. Esta trayectoria, que no encaja muy bien con el tono melancólico que a veces tienen sus textos, le permite a Resina, como a Cifuentes y a Loureiro, escribir desde la élite académica, y lo situó en una posición no sólo de prestigio, sino de dominio, en la medida en que las universidades de investigación y las Ivy League siempre han tenido capacidad para marcar las reglas de juego o al menos, para establecer los temas de la agenda, de la hispanística norteamericana. Liberados de algunas clases y con abundantes fondos de investigación, es importante subrayar que la propuesta muy literaria de los tres investigadores, y en cierto sentido su concepción fuerte de la literatura como campo del saber, es solidaria también con la posición dominante dentro del dominado campo del hispanismo. Esta posición relativa, que creo que debo subrayar, ayuda a entender por qué el proyecto de Resina adquirió rápida visibilidad, y obliga a preguntarse también por qué no llegó a institucionalizarse.⁹

La homología de partida, y ciertas tomas de posición semejantes en los años 90, no determina sin embargo cuál sería el sentido que cada uno de estos académicos, generacionalmente muy próximos, dio a su propia trayectoria. La auto-explicación de Resina (2014), por ejemplo, contrasta fuertemente con las reflexiones de Ángel Loureiro sobre la academia norteamericana. Si el crítico gallego, decepcionado académica y políticamente por su experiencia en España, veía en la academia norteamericana una sucesión de horizontes vertiginosa y

⁹ Justo en el momento en que varios de los investigadores que habían protagonizado la etapa de «desolación y miseria», pasaron a ocupar posiciones de privilegio en el campo académico: Resina en Stanford, Santana en Chicago, Loureiro en Princeton y Cifuentes en Harvard. A finales de los 90, además, Jo Labanyi, una potencial colaboradora del proyecto de renovación, ocupó también una cátedra en NYU, donde se encontraba también otro académico de referencia en esta etapa de «Desolación y miseria», Eduardo Subirats. Su trayectoria, entre Princeton y NYU, tampoco encaja muy bien con el tono de sus trabajos, vid. (2004, 149-66) «Siete tesis contra el hispanismo», *Revista de humanidades: Tecnológico de Monterrey*, 17.

estimulante (1996), un nuevo viaje al fondo de lo desconocido, para Resina, su incorporación a los departamentos de español, ya desde su época de estudiante, fue una decepción:

Hasta ese momento había pensado que un hispanista era alguien capaz de comunicar un conocimiento acerca de la historia y la cultura de la totalidad de la península ibérica. Pero cuando entré en contacto con los expertos en aquella universidad para mí mítica [de Berkeley], descubrí que compartían los prejuicios y limitaciones de sus colegas en España, formados bajo el franquismo. En el templo de la libertad de expresión, me topé con la misma negación de la diversidad lingüística y literaria de la península que ya me era familiar en España; era como si uno de los ministros de Franco hubiera planeado la especialidad de español en América. Ningún profesor mencionó jamás la existencia de diversas tradiciones literarias. (2014, 570-1)

Aunque en la entrevista de Resina hay algo de construcción ex post-facto, el argumento central de su texto es relevante, porque será, con el tiempo, la estrategia de legitimación fundamental del proyecto iberista: la necesidad de corregir una representación distorsionada de la cultura española (2008, 159; 2013, 2). De hecho, la hispanística norteamericana, a veces idealizada desde España, era un conjunto de departamentos muy heterogéneo donde, por ejemplo, la presencia de exiliados españoles de algún modo sobredeterminaba la reelaboración del tema de España, indirectamente un intento de explicación del fracaso de la República y de la guerra, a veces a través de tropos históricos, como sucede con Américo Castro, cuyas tesis fueron casi hegemónicas en el hispanismo americano. Me gustaría detenerme en varias ideas clave porque pueden ayudar a perfilar tanto el paradigma epistemológico que subyace bajo su propuesta, como ciertas precisiones conceptuales que ayudan a situar su trabajo.

En primer lugar, creo que describir la crítica literaria tradicional tanto en España como en Estados Unidos como 'filológica' no ayuda a entender la coyuntura.¹⁰ Si bien es cierto que un sector de la hispanística era heredero de la escuela de filología española, alejados del archivo y marcados por la experiencia de la guerra y del exilio,

10 La crítica estrictamente filológica en la academia americana nunca llegó a ser numéricamente importante. Se trataba de un grupo de académicos que provenían de tres tradiciones: la americana, muy conectada con los estudios clásicos, y de la que formaban parte Elías Rivers y James O. Crosby, la argentina, formada por discípulos directos o indirectos de Amado Alonso, también fuertemente marcados por la tradición clásica, en la que estarían María Rosa Lida, Raimundo Lida, Isaías Lerner, Lía Schwartz y un pequeño número de españoles que habían recibido formación filológica, como Albert Porqueras Mayo o la gallega educada en Argentina Luisa López Grigera.

las figuras más importantes, que se habían formado en el Centro de Estudios Históricos, como Américo Castro o José Fernández Montemayor, se dedicarán cada vez más a trabajos de tipo hermenéutico, que nada tenían que ver ni con la edición crítica de textos ni con la historia de la lengua, piedras maestras de la filología. Por otra parte, y dejando a un lado el valor que la filología tiene para cualquier aproximación materialista a la literatura, en la medida en que ofrece una descripción compleja de los trabajos literarios, los estudios textuales y los problemas de la edición de textos están muy lejos de ser ajenos a la academia americana, como podría deducirse de una lectura al pie de la letra de los ensayos de Resina y, con anterioridad de Cifuentes y Loureiro. De hecho, hay una tradición filológica fuerte de filiación positivista, tanto para los estudios medievales, como para las ediciones de Shakespeare y una renovada filología postestructural como prueba el muy importante trabajo de Jerome J. McGann sobre la obra de Lord Byron. Creo que es importante deshacer este malentendido, porque si de lo que se trataba, como han argumentado Resina (2008) y Faber (2008), era conseguir el reconocimiento de la academia americana, eso no implicaba renunciar a cualquier tipo de trabajo filológico, como parecía deducirse de sus argumentos. Bien al contrario, los estudios textuales y la edición de textos son precisamente uno de esos polos autónomos del campo, aparentemente alejados de esas fuerzas heterónomas que para Resina han sido un lastre en la consecución de la autonomía del campo de estudios hispánicos.

En segundo lugar, la búsqueda de reconocimiento, la «economía del prestigio» por usar el término de Faber, dentro de la universidad, clave en la que ambos críticos cifran la suerte de los estudios hispánicos obliga a considerar cuáles son las ideas que subyacen bajo la argumentación de Resina y de su reiterada insistencia en la necesidad no sólo de un nuevo objeto de estudio sino, y sobre todo, de un nuevo marco epistemológico. Lo primero que es importante destacar es que su argumentación reproduce ampliamente los argumentos de dos críticos americanos no muy conocidos fuera del país, Allan Bloom y a Bill Readings, que en cierto sentido representaron en la universidad americana el papel del intelectual melancólico: dolorido por la pérdida de la excelencia y de aquel paraíso intransitivo que había sido la universidad de los años dorados, una genealogía intelectual enredada que no ayuda a defender la argumentación de la propuesta iberista. Además, su reivindicación de la alta literatura y su confianza en el valor de la investigación literaria, sitúan su teoría muy lejos de lo que han sido las líneas de sentido de la vanguardia crítica en los estudios ingleses. A contracorriente, por tanto, de las reflexiones más extendidas en el campo, Resina (2008, 92-3) enfatizará una reivindicación de una epistemología dualista, en la que el crítico es sujeto del conocimiento y el conocimiento, es mensurable objetivamente. De ahí su ataque a la crítica de izquierdas que, en última ins-

tancia, en su argumento, supone una renuncia a la autonomía de la universitaria y su reivindicación de la necesidad de buscar un espacio donde pudiera desarrollarse lo que él denomina «el ideal ilustrado»: «un pensamiento completamente independiente, un pensamiento por el pensamiento» (148).

Su idea de conocimiento, en cierto sentido su epistemología, implica también que la identidad del crítico, más allá de cualquier sesgo político, se construye sobre su «excelencia técnica», la capacidad para producir estudios sofisticados, un cierto regreso a la ciencia sin ideología (2008, 153-8). De ahí que los estudios ibéricos se describan como una tercera vía, alejada tanto de la heteronomía y el presentismo de los estudios culturales, y de las estrategias de trabajo de la crítica de izquierdas, como de la progresiva depreciación de las humanidades en el contexto de la universidad neoliberal:

Mientras la izquierda académica se ocupa de dismantelar el concepto de conocimiento objetivo, acumulativo y con ellos las bases de su existencia profesional, la derecha reaccionaria –que es absolutamente indiferente a la idea de conocimiento, esto es, al conocimiento que no pueda instrumentalizar directamente, invocar unas cuotas de ‘productividad’ y amenazar la inviolabilidad de la cátedra (esto es, la primera condición de la autonomía académica) para que se disipe como por arte de magia la pueril representación de las humanidades como centro neurálgico del capitalismo, que togados epígonos de Gramsci, de Mao y del Che se han dedicado durante años a promover ante el pasmo de quienes pagaban sus sustanciosos emolumentos. (2008, 158)

A pesar de su apariencia de *boutade*, la idea fuerza del párrafo es relevante porque implica una definición muy estricta de lo que pueden ser o de lo que deben ser los estudios ibéricos: un regreso a la literatura definida en los términos formales de la vieja tradición conservadora. Su reivindicación, además, explicita una idea de conocimiento dualista y casi prereflexiva, que, además, lo aleja de las posiciones de Loureiro y Cifuentes y puede ayudar a entender, como la homología posicional, o dicho de otro modo las casi idénticas posiciones estructurales, no dieron lugar a un mismo discurso propositivo. Resina se mantiene dentro de un modelo tradicional de conocimiento objetivo, en cierto sentido aún dentro de las categorías del positivismo, y ve, como gran parte de los académicos españoles, una amenaza en los modos de lectura deconstructivos, detrás de las que se insinúa, como aún hoy en la academia más conservadora, un relativismo nihilista.

El efecto más importante de esta definición tan estrecha de los estudios ibéricos es que hacía imposible el diálogo con las otras propuestas de renovación de hispanismo. Del mismo modo que los estudios culturales eran considerados presentistas y heterónomos, y la

autonomía era la primera garantía del valor del trabajo académico para este autor, las aproximaciones postrepresentativas de y postfundacionalistas, como las que Loureiro (1996) reclamaba, eran tentaciones banales y peligrosas que, como la fetichización de la tecnología, amenazaban una «experiencia de siglos basada en comunidades de estudio» (2008, 148). Y así, aunque en algunas referencias sueltas considera la deconstrucción una técnica de análisis relevante, su propuesta teórica, la epistemología implícita en su discurso no se aleja mucho de los viejos paradigmas positivos, como el lenguaje de este párrafo apunta.

Tareas abiertas, significados dudosos y su correlato, un objeto de conocimiento incierto, además de un debate multilateral continuo: estos objetivos difieren mucho de los intentos anteriores por justificar un currículum de humanidades en analogía con las ciencias [...] Las humanidades, por el contrario, se distancias cada vez más de una rigurosa definición de las tareas y de su antiguo objetivo de agotar las áreas de conocimiento, por ejemplo, escribiendo libros definitivos. (2008, 142)

Así planteados, los estudios ibéricos se conformarían como un trabajo crítico que buscaría significados cerrados, objetos de conocimiento ciertos, que pudieran elucidarse con un debate intelectual medido y tareas claramente repartidas que pudieran agotar las áreas de conocimiento, previamente delimitadas. Una utopía positivista.

Por último, la idea de partida que se repite en las sucesivas definiciones de estudios ibéricos es que hay un problema de representación: la hispanística ha sido ciega a las diversas culturas peninsulares y persiste una matriz original que excluye esta heterogeneidad cultural de fondo: «los estudios de español siguen suprimiendo las culturas que forman la malla histórica y lingüística del área que monopolizan; culturas a expensas de las cuales la disciplina logró su relevancia» (2008, 159). Al plantear así el problema y al ponerlo en perspectiva histórica, Resina asume una cierta estabilidad de las culturas nacionales y entiende que el sistema cultural de la península puede describirse como la historia de las relaciones entre sus pueblos que, a lo largo de los siglos, «se han mezclado, unido y separado, aliado y combatido, dominado y rebelado, conocido y rechazado, influido y apreciado o despreciado mutuamente» (2008, 46). En este nudo argumental hay aspectos fuertes y aspectos débiles sobre lo que es importante reflexionar, sobre todo si se piensa en términos de la 'economía del prestigio'. Por un lado, el énfasis en las relaciones que como ha explicado Arturo Casas, son disimétricas (2020) y el conflicto apunta hacia una forma intersubjetividad histórica a través de la cual se habría ido configurando cada una de las culturas. Las culturas nacionales que se legitiman como realidades expresi-

vas, representaciones transparentes de las esencias, son sin embargo el resultado no sólo de síntesis sino de tensiones subjetivas, de oposiciones y disputas. Habría aquí entonces un concepto complejo de identidad, que no es solo un proceso continuo, sino, y tal vez, sobre todo, un proceso intersubjetivo sin fin preciso, en la que los otros no son sólo el afuera de la comunidad.

Esta configuración compleja de la identidad, no suficientemente teorizada, a pesar de las reiteradas demandas de un nuevo horizonte epistémico, está estrechamente conectadas con el concepto de cultura que está implícito en el libro (2008) y que se intenta ajustar en el volumen de ensayos (2013). A pesar de haber casi despreciado las reflexiones sobre el problema de los estudios culturales, al final la elaboración de un horizonte de sentido no estatal, un marco que permita delimitar el 'objeto de estudio', le obliga a definir y estabilizar objetivamente el concepto de cultura, para poder establecer relaciones entre las culturas peninsulares. Y el primer problema que surge es la persistencia de en un concepto cultura como realidad substancial que tiene, incluso existencia transhistórica, casi primordialista, en un lenguaje que está muy lejos de las diferentes teorizaciones sobre el problema desde la antropología, la historia o los estudios culturales.

Sin entrar siquiera en el debate en torno al esencialismo estratégico, creo que es la necesidad de argumentar con claridad le lleva a aceptar acríticamente la existencia natural de las naciones que están al fondo de su análisis pero probablemente sus lecturas sobre teoría sistémica le lleva a apuntar que esas unidades culturales cuya representación se trata de corregir no son exactamente realidades autosuficientes, sino el resultado de la imbricación entre los diferentes sujetos nacionales que estructuran su descripción de la península Ibérica. Con matices leve pero sustancialmente diferentes, Resina apunta, pero no desarrolla, una clave de la necesaria reflexión epistemológica. La referencia, originalmente en su artículo de 1996, primer apunte de la teorización iberista, plantea:

El sistema cultural de la Península ibérica, concebido por el hispanismo como un *continuum* homogéneo de tradición 'española', puede ser estudiado ventajosamente como un proceso de diferenciación de culturas, que constituyen el ambiente interior del sistema. Desde el punto de vista de este modelo, es obvio que el sistema no puede ser comprendido a través de uno solo de sus componentes, y que deforma la comprensión de la totalidad convertir en el punto de vista rector de todo el entramado sistémico. (2008, 54)

Y aunque más adelante en el libro se refiere a «la dialéctica entre las naciones peninsulares» (2008, 91), lo cual parece precisar el modo en que se produce la «diferenciación», este fragmento, tiene la virtud de esbozar las lógicas intersubjetivas que están implícitas en

las definiciones culturales y en última instancia, en el proceso histórico: una idea fuerza que mantendrá incluso en su libro de 2013. Así, además de intentar una formalización del concepto de cultura que aligere su substancialismo a través del concepto -del rescate del concepto- de modalidad, Resina subraya también la interacción de los modos de ser, esto es de las identidades culturales definidas ahora formalmente.

From an Iberian studies perspective, culture appears as a modality of being or, better yet, a transitional stage in the historical relations among social agents in peninsular space. Iberianism arose from the understanding that the deep-seated commonality of Iberian life manifests itself authentically only in modalities which cannot be identified with the subjacent unity without attacking its very essence. (2013, 14)

Lo importante, y lo que desde mi punto de vista marca una agenda de trabajo, es el énfasis en las interrelaciones y, por tanto, en el aspecto intersubjetivo que en un artículo de referencia había destacado Arturo Casas (2000). El énfasis en subrayar la historia de la literaturas ibéricas como una historia de conflictos que, como subrayó Arturo Casas (2019) son disimétricos, o su redefinición más matizada de la necesidad de que los estudios ibéricos «can, indeed must, come to terms with identity, or rather identities, but ought to do so without tightening its definition around any form of cultural hypostasy» (2013, 14), apuntan hacia la necesidad de incorporar un concepto más contingente, tal vez más abierto de identidad.

Estos dos últimos aspectos marcan un camino posible. Un paso hacia una comprensión de las identidades como ficciones intersubjetivas, contingentes, pero estratégicamente útiles que hace innecesario reivindicar ningún esencialismo estratégico. Se abre aquí una línea de reflexión que necesariamente conduce a un diálogo con los estudios culturales y la teoría literaria postestructural, precisamente dos de las puertas que Resina intentó clausurar en su propuesta.

3 Nuevas subjetividades

En este nuevo contexto, posterior a 2016 y a la eclosión de los discursos populistas, cabe preguntarse si es preciso reorientar los trabajos que han ido definiendo este espacio, apenas institucionalizado. Si la guerra política actual implica una cierta guerra cultural y la orientación de los estudios ibéricos era cuestionar ciertos marcos legitimadores de la hegemonía del nacionalismo español, ¿qué se debe hacer? ¿En qué medida son útiles las investigaciones que adoptan lenguajes o perspectivas ibéricas o transibéricas? O lo que es lo mis-

mo, el iberismo, además de ser útil para explicar un pasado y un presente más plurales que los que están inscritos en el relato hegemónico de la historiografía cultural, ¿es capaz de ofrecer un horizonte de sentido? Era esta una reivindicación de Resina en el prólogo de su libro en el que además se insistía en las sistemáticas interrelaciones que escapan al ojo del hispanista (2008, 47).

Frente a nosotros los departamentos de filología o los estudios literarios tradicionales siguen trabajando aparentemente en marcos ahistóricos, tan capaces de ser precisos con la datación de una obra del siglo de oro, como reacios a historizar la datación y la efectividad, y mucho menos el sentido político, de su propio trabajo. Sería ingenuo, pensar que es posible hacer a día de hoy ningún tipo de crítica ajenos a las luchas antihegemónicas, instalados en un punto ciego, que nos permita criticar o analizar sin exponernos.

En un trabajo también de 2008, aquel momento de esperanza inmediato al primer gobierno Zapatero, Mario Santana señalaba que la tarea del nuevo hispanismo debería ser «dar cuenta del entramado de relaciones culturales y lingüísticas de la España plurinacional o, más allá de las fronteras nacionales, de la Península Ibérica» (2008, 42). El lenguaje está marcado por la historia pero mantiene un mismo verbo que es para mí uno de los núcleos del problema: 'dar cuenta', limitarse a dar una 'mejor descripción' que, en el mejor de los casos, como han subrayado Rina o Pérez Isasi, interrumpa ese relato monolingüe y no sólo uninacional sino y sobre todo, hegemónico que hemos recibido en las historias de la cultura y de la literatura. Los estudios ibéricos exigen no sólo una descripción sino un relato performativo que en su imaginación narrativa constituya la historia que describe, y contribuya a afirmar la existencia de lo que olvida o borra. Por eso que resulta paradójico que, si el propio Joan Ramón Resina ha subrayado el papel que los hispanistas más tradicionales jugaron en la consolidación de un relato, en su naturalización, un académico reflexivo pueda contentarse con ofrecer otra historia, una mera 'opción narrativa', sin preocuparse porque se constituya, como el mismo ha señalado en otros trabajos, en una historia efectiva. Asumir por tanto la perspectiva iberística, como un relato más cercano a la verdad de la historia sería una pequeña derrota, desde mi punto de vista, académicamente sofisticada pero políticamente inane.

El aparente apoliticismo de la propuesta iberista, el esfuerzo de Casas, Pérez Isasi, Lourido o Rina por desvincular el trabajo de un horizonte político, probablemente porque sería un fantasma que, para todos ellos, muy sensibles a la deseada recepción portuguesa del debate, podría dar lugar a malentendidos que bloqueasen ese espacio común al que se aspira y que tan laboriosamente se ha ido creando, no encaja bien con una definición apolítica del discurso académico. En última instancia porque todo depende de cómo definamos lo político: si este concepto remite no tanto a la participación en la

polis, sino también al mismo modo en que esa polis, esa comunidad política es percibida socialmente, aspirar a romper ese orden dado, esa percepción natural del espacio, y de las partes en que se divide el mundo social, es una operación de naturaleza puramente política.

El trabajo, sin embargo, como ha planteado Enric Bou (2010, 23) en su propuesta comparatista es concreto y debe cuestionar las jerarquías que están implícitas en los contactos disimétricos, analizar las lógicas de la inclusión y de la diferencia y ser sensible a las diferentes formas de multilingüismo. Pienso que ese horizonte, una forma de comunidad por venir, no deba ser tanto una imaginación supraestatal, el fantasma de un estado ibérico, sino por retomar la brillante cita de Resina con la que he comenzado: «tradiciones que han sido excluidas, relaciones que han sido distorsionadas, y espacios académicos que existen, en el mejor de los casos, en las grietas del enlucido curricular y entre tabiques departamentales» (2008, 159). Un trabajo constante de descripción de fragmentos de conocimiento, zonas de contacto, donde se dirime el dentro y el afuera de la comunidad política y a veces del estado, tránsitos, mudanzas, circulaciones, sin aspirar a constituir nuevos mapas sino sólo a ofrecer materiales que puedan ser rearticulados y conformar formas de subjetividad plural e igualitaria.

Querer volver a modos de conocimiento transparentes, que permitan un acceso a las cosas mismas, por decirlo irónicamente, desde un punto neutro, esa posición que la crítica de-colonial ha denominado la *hybris* del punto de cero, o convertir el trabajo crítico en un mero trabajo negativo, en una impugnación del meta-relato y de la filosofía de la historia que subyace bajo los discursos culturales hegemónicos, puede no ser suficiente. Por tanto, tal vez no baste con interrumpir el proceso hegemónico de constitución de las identidades dominantes, en el que tanto ha participado la imaginación histórica y la literaria. A partir del estudio de los puntos de fricción y cruce, de las formas de apropiación y expropiación, de los 'afueras' y los límites de la comunidad, es posible identificar puntos de articulación a partir de los cuales interpretar políticamente las situaciones de hecho, las posiciones estructurales. Contribuir a una suma de relatos rearticulables por diferentes sujetos subalternos podría ser el sentido de unos estudios ibéricos atentos a la coyuntura actual y sensibles a las contribuciones de los estudios culturales ahora mismo de vuelta al centro del debate académico.

Bibliografía

- Beltrán, L. (2021). «La crítica de la cultura de la transición en el hispanismo norteamericano». *Cincinnati Romance Review*, 51, 44-62.
- Blanco, Aguinaga C.; Rodríguez Puertolas, J.; Zavala, I.M. (1977). *Historia social de la literatura española*. Madrid: Castalia.

- Blanco Aguinaga, C. (2011). «¿Hispanista? Notas autobiográficas». Álvarez Barrientos, J. (ed.), *Memoria de hispanismo. Miradas sobre la cultura española*. Madrid: Siglo XXI.
- Bou, E. (2010). «On Rivers and Maps: Iberian Approaches to Comparatism». Martín-Estudillo, L.; Spadaccini, N. (eds), *New Spain, New Literatures*. Nashville, Tennessee: Vanderbilt UP.
- Casas, A. (2000) «Problemas de Historia Comparada: la comunidad interliteraria ibérica». *Interlitteraria*, 5, 56-75.
- Casas, A (2019) «Iberismos, comparatismos y estudios ibéricos: ¿por qué, desde dónde, cómo y para qué?» Martínez Tejero, C.; Pérez Isasi, S. (eds), *Perspectivas críticas sobre os estudos ibéricos*. Venezia: Biblioteca di *Rassegna Iberistica*, 23-58. <http://doi.org/10.30687/978-88-6969-323-6/001>.
- Faber, S. (2008). «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in the American University». *Hispanic Research Journal*, 9(1), 7-32.
- Labanyi, J. (1995) «Conclusion: Modernity and Cultural Pluralism». Graham, H.; Labanyi, J. (eds), *Spanish Cultural Studies: An Introduction. The Struggle for Modernity*. Oxford; New York: Oxford UP.
- Loureiro, Á. (1995) «Desolación y miseria del hispanismo». *Quimera*, 139, 31-6.
- Loureiro, Á. (1999). *The Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*. Nashville (TN): Vanderbilt UP.
- Loureiro, Á. (2008). «Pathetic Arguments». *Journal of Spanish Cultural Studies*, 9(2), 225-37. <https://doi.org/10.1080/14636200802283746>.
- Pérez-Isasi, S. (2013). «Iberian studies: A State of the Art and Future Perspectives». Pérez Isasi, S.; Fernandes, Á. (eds), *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective*. Oxford; Bern: Peter Lang.
- Pinto, L. (2002). *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*. México D.F.: Siglo XXI.
- Resina, J.R. (1996). «Hispanism and its discontents». *Siglo XXI. Twentieth Century*, 14, 85-135.
- Resina, J.R. (2008) *Del Hispanismo a los estudios ibéricos. Una propuesta federativa para el ámbito cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Resina, J.R. (2013) «Iberian Modalities: The Logic of an Intercultural Field». *Iberian Modalities: A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula*. Liverpool, UK: Liverpool UP.
- Resina, J.R. (2014) «Ausente del hispanismo». Transl. by R.D. Pope. Caballé Masforroll, A.; Pope, R.D. (eds.), *¿Por qué España?: memorias del hispanismo estadounidense*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; Fundación Alfonso Esquero, 553-99.
- Rina, C. (2020). «*Iberian Studies*: la fertilidad de un campo de estudios y sus aportaciones a los debates peninsulares». *Rassegna iberistica*, 43(114), 449-54. <https://doi.org/10.30687/Ri/0392-4777/2020/114/015>.
- Rubio-Pueyo, V. (2009). *La crisis del hispanismo. Panorama crítico y direcciones de investigación* [tesis]. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Santana, M. (2008). «El hispanismo en los Estados Unidos y la 'España plural'». *Hispanic Research Journal*, 9(1), 33-44.
- Santana, M. (2013). «Implementing Iberian Studies: Some Paradigmatic and Curricular Challenges», Resina, J.R. (ed.), *Iberian Modalities: A Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula*. Liverpool (UK): Liverpool UP, 54-61.
- Zavala, I.M. (2000). *Breve historia feminista de la literatura española*. Barcelona: Anthropos.